

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

que me tenía. Leí la carta y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decía: «De aquí a dos días te partirás, Cardenio a hacer la voluntad del duque, y da gracias a Dios, que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces». Añadio a éstas otras razones de padre consejero. Llegose el término de mi partida, hablé una noche a Lusanda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice a su padre, suplicándole se entretuviese algunos días y dilatarse el darle estado hasta que yo viese lo que el duque Ricardo estaba. Fui de él tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia a hacer su oficio, teniéndome la los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced habían de ser en perjuicio suyo. Pero el que más se holgó con mi ida fue un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil-hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir a todos; y aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que don Fernando me quería y me trataba. Es, pues, el caso que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comuniqué y la

2

CAPÍTULO VEINTICUATRO

privanza que yo tenía con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado, que le traía con un peso de desasosiego. Quería bien a una labradora redujeron, vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta que nadie que la conocía se determinaba en cuál de estas cosas tuviese más excelencia ni más se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron a tal término los deseos de don Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe y con los más vivos ejemplos que pude procuré estorbarle y apartarle de tal propósito, pero, viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo, su padre; mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló

CAPÍTULO VEINTICUATRO

y temió de esto, por parecerle que estaba yo obligado, en ley de buen criado, a no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venía; y así, por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía que el ausentarse por algunos meses, y que quería que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasión que darían al duque que venía a ver y a feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir eso, cuando, movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobaba yo por una de las más acertadas que se podían imaginar, por ver cuán buena ocasión y conjuntura se me ofrecía de volver a ver a mi Lusinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y brevedad posible, porque, en efecto, la ausencia hacía su oficio a, decir, pesar de los más firmes pensamientos. Ya cuando él me vino a decir esto, según después se supo, había gozado a la labradora con título de esposo y esperaba ocasión de descubrirse a su salvo, temeroso de lo que el duque su padre harían cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando a alcanzarse se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso a lo que es verdadero amor, quiero decir que así como don Fernando gozó a la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resgriaron sus ahucos; y si primero juzgía quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución. Dióle el dique licencia y mandóle que le acompañase - vivimos a mi ciudad, recobré mi padre como quien era, y yo luego a Lusciuda, tornaron a vivir (aunque no habían estado muertos ni ahortigados) mis deseos, de los cuales di cuenta, por mi parte, a don Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discreción de Lusciuda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver docella de tantas buenas partes adornadas. Cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche, a la luz de

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos. Viola en ensayo, tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto y, finalmente, tan enamorado cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle más el deseo (que a mi me celaba, y al cielo, a solas, descubría), quiso la fortuna que hayase un día un billete suyo pidiéndome que la pidiese a su padre por esposa, tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Lucisna se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que, puesto que yo veía con cuán justas causas don Fernando a Lucinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé a temer y a recelarme de él, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Lucinda, y él movía la plática, aunque la trujese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y la fe de

6

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Luscinda, pero, con todo eso, me hacía temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que a Luscinda enviaba y los que ella me respondía, a título que de la discreción de los dos gustaba mucho. Acacicio, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadís de Gaula...

No hubo bien sido don Quijote nombrar libro de caballerías ~~cuando~~ ~~dijo~~: de quien era

- Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada a libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con sólo haber entendido su afición la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y quisiera yo,

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadís de Gaula al bueno de San Ruyel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Lucinda mucho de Davaida y Garaya y de las discreciones del pastor Darinel y de aquellas admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no durará más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser serido de venirse conmigo a mi aldea, que allí le podré dar más de trescientos libros que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el haber ~~maltratado~~ ~~mal~~ que prometimos de no interrumpir su plática, pues, en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna. Así que perdón, y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso.

En tanto que don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le había caído a Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo. Y, puesto que dos veces le dijo don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó y dijo:

8

CAPÍTULO VEINTICUATRO

- No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo ni quien me dé a entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiste o creyese, sino que aquel bellacón del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima.

- Eso no, ¡voto a tal! - respondió con mucha cólera don Quijote, y arrojóle como tenía de costumbre, y ésa es una muy gran malicia, o bellaquería, por mejor decir: la reina Madasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotas; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré a entender a pie o a caballo, armado o desarmado, de noche o de día, o como más gusto le diere.

Estábase mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya había venido el accidente de su locura y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco don Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madasima le había oído. ¡Extraño caso, que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su

CAPÍTULO VEINTICUATRO

verdadera y natural señora, tal le tenían sus descomulgados libros! Digo, pues, que, como ya Cardenio estaba loco y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros de nuestros semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto a sí y dio con él en los pechos tal golpe a don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vio parar a su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dio con él a sus pies y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy a su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro. Y después que los tuvo a todos rendidos y molidos, los dejó y se fue con el gentil roiego a emboscarse en la montaña. Levantose Sancho y, con la rabia

CAPÍTULO VEINTICUATRO

que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió a tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que a aquel hombre le tomaba a tiempos la locura, que si esto supieran hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza y tornó a replicar el cabrero, y fue el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si don Quijote no los pusiera en paz se hicieran pedazos. Decía Sancho, asido con el cabrero:

- Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en éste, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo a mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano a mano, como hombre honrado.

- Así es - dijo don Quijote -, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y don Quijote volvió a preguntar al cabrero si sería posible hallar

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

a Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero le había dicho, que era no saber de cierto su manida, pero que si anduviere mucho por aquellos contornos, no dejaría de hallarle, o cuerdo o loco.

(12)

CAPÍTULO XXV

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Molena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebros.

Despidiose del cabrero don Quijote y, subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó a Sancho que le siguiese, el cual lo hizo, con su jumento, de muy mala gana. Ibanse poco a poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por el calor con su corno y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir a lo que le tenía mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

- Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y depararé todo lo que quisiere; porque quiere vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y noche, y que no

## CAPÍTULO VEINTICINCO

le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaban, como hablaba en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y, con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

- Ya entiendo, Sancho - respondió don Quijote -: tú mueres porque te aice entredicho que te tengo puesto en la lengua. Dale por alzado y di lo que quisieres, con condición que no ra de durar este alzamiento más de en quanto anduviéramos por estas sierras.

- sea así - dijo Sancho -, hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y comenzando a gozar de ese salvoconducto, digo que que le iba a vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa o como se llama. ¿O qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo o no? Que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco

CAPÍTULO VEINTICUATRO

pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coxas y aun más de seis torniscones.

- A fe, Sancho - respondió don Quijote -, que si tú supieras como yo lo sé cuán honrada y cuán principal señora era la reina Machesima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat que el loco dijo fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos y sirvió de ayudo y de médico a la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Curdenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.

- Eso digo yo - dijo Sancho -, que no había para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara a vuestra merced y encaminara el guijarro a la cabeza como le encaminó al pecho, buenos queríamos por haber vuelto por aquella mi señora que Dios

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Cotonda pues ¡montas que no se librara Cardenio por brio!  
 -contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier ca-  
 ballero andante a volver por la honra de las mujeres, cuales-  
 quiera que sean, cuanto más por las reinas de tal alta gisa  
 y pro como fue la reina Madasima, a quien yo tengo particu-  
 lar afición por sus buenas partes; porque, fuera de haber  
 sido hermosa, además fue muy prudente y muy sufrida  
 en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y  
 compañía del maestro Elisabat le fue y le fueron de mucho  
 de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos  
 con prudencia y paciencia. Y de aquí tomó ocasión el vulgo  
 ignorante y malintencionado de decir y pensar que ella  
 era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentarán otras  
 docientas todos los que tal pensaren y dijeren -Ni yo lo  
 digo ni yo lo pienso- Respondió Sancho - Allá se lo ha-  
 yan, con su pan se lo coman: Si fueron amancebados o no,  
 a Dios habrán dado la cuenta. De mis viñas vengo, no sé  
 nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que com-  
 pra y miente, en su bolsa lo siente. Cuanto más, que des-  
 nudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Mas que lo  
 guesen, ¿qué me va a mí? Y muchos piensan que ha tocinos,  
 y no hay estacas. Mas ¿quién puede poner puertas al  
 campo? Cuanto más, que de Dios dijeron.

¡Váleme Dios - dijo don Quijote - y qué de necesidades vas